

«Cosas de pueblo »

Valeria Vanina Flores

Neuquén, Argentina.

Esto que les voy a contar, pasó en mi pueblo. Un modesto caserío de no más de diez mil habitantes, rodeado de chacras de manzanas y peras.

Febrero indica la llegada de los trabajadores migrantes. Casi siempre, hombres solos sin familia, traídos en su mayoría desde Tucumán, en un colectivo llamado “El tucumanito”. Los peones permanecen aquí, hasta mediados de abril. Terminada la cosecha se van. Cuando llegan, en el pueblo siempre se murmuran cosas y los vecinos se ponen en alerta. Cierran sus puertas, atan a sus perros, guardan todo aquello que quedó tirado en el patio de las casas y espían, tras las cortinas, a las nuevas caras para no olvidarlas. Ellos, los migrantes, a veces vienen con su familia y se quedan. Les devuelven la mirada de recelo y se defienden con orgullo: vienen a trabajar porque aquí nadie quiere ir a las chacras. Solo quieren la fácil, el petróleo, o el municipio.

Así llegó Manuel, con dieciséis años y todas las preguntas en su mochila. Su madre lo inscribió en la escuela secundaria. No lo admitieron en el diurno, por la edad. La secretaria lo registró con el nombre que decía el documento, Manuela Sofía Vargas, pero cuando la preceptora tomó asistencia, dicen que él se encargó de subsanar el error. Nadie debería confundirse, pelo corto, gorra, remera amplia, pantalón cargo, cara lavada. Laborantes y personas mayores eran sus compañeros. Adolescentes como él, pocos. Lisandro, uno de ellos se sentó a su lado. Rompió el hielo y le preguntó cómo se llamaba.

- ¿Cómo te llamás? – Su mirada no pareció advertir nada diferente en él. Eso le gustó. También le gustó saber que sus casas eran vecinas. Lisandro era alegre, locuaz, extrovertido. Un muchachote de más de veinte años. Usaba ropa grande para disimular sus dimensiones y una gorra que ocultaba su cara aniñada. Traía consigo un morral todo raído, un cuaderno ajado y una lapicera.

Manuel y Lisandro pronto se entendieron. Compartieron recreos, tareas, actividades deportivas y salidas al balneario. El cuidador del predio cercano al río, los vio pasar a diario, caminando o en bicicleta, aun cuando los días fríos invitaban a quedarse en casa y los vecinos del lugar, al abrigo del calor, solo observaban el paisaje, y a ellos, desde sus ventanas.

Fue a orillas del río Neuquén que, mirando el agua calma Lisandro soltó un: -Me gustás.

-Pero soy hombre- se defendió Manuel

Lisandro lo miró, instalando la duda.

- ¿Sos gay? – preguntó Manuel, y se arrepintió de inmediato.

- ¡Tarado! - Lisandro esbozó una sonrisa y meneó la cabeza. -Me gustás así, como sos. Qué sé yo. Capaz que a mí me gustan los hombres, y no me había dado cuenta. Se rieron, se tocaron, se robaron un beso tímido. Después uno apasionado. Finalmente fue tanto lo que sucedió en ese atardecer que, hasta la piel de las peras se volvió bordó. Las cotorras escandalizadas abandonaron sus nidos rompiendo el silencio. Alguna debió pararse en la ventana de la casa de Manuel porque su mamá lo supo casi de inmediato. A los gritos le prohibió que frecuentara a Lisandro:

- ¡Es un bueno para nada, siempre apostado en la reja de la casa! ¡Quién sabe de qué vive su familia, porque trabajar, ninguno trabaja!!!!

La madre de Manuel había bebido de la inquina de los comentarios del pueblo. Devolvía el odio del rechazo advertido por su origen, por sus manos callosas, por su piel quemada al sol.

En la casa de Lisandro, la cosa no era diferente. Su madre lloraba desconsolada, su hermano lo trataba de troló, de maricón, de puto.

- ¿Cómo se te ocurre salir con esa?, ¡Pero si no se sabe qué es! - le espetó su padre- ¿O acaso a vos te gustan las marimachos?

A Manuel lo cambiaron de colegio y le confiscaron el celular.

No se dieron por vencidos. Recorrieron la medianera hasta dar con una pequeña grieta oculta tras una madre selva. Ese pequeño orificio en el tapial, fue trinchera y resistencia. Lisandro en horas de siesta llamaba a su perro para alimentarlo. Manuel, del otro lado, salía a sacudir el mantel y recogía alguna cucharita enredada y el mensaje que Lisandro dejaba en ese inadvertido hueco.

Así fue como pergeñaron la huida. Se irían a Tucumán, en el transporte que volvía con los jornaleros. Saldrían a la madrugada del día siguiente. Se encontrarían frente al hospital, desde donde partiría el último colectivo al país de las naranjas.

Pero hubo un descuido, la madre de Manuel encontró entre las migas de pan, los mensajes de huida. Ciega de furia se presentó en la comisaría diciendo que Lisandro Jerez había violado a su hija Manuela Vargas de dieciséis años. Que él era mayor y pretendía secuestrarla.

La mentira alertó al comisario, quien se acomodó los bigotes respondiendo que lo iba a arreglar. Le advirtió al padre de Lisandro lo delicado de la situación. Debería retener al chico hasta que todo se aclare. La familia vecina había puesto una denuncia. Solo porque era él, no lo encarcelaban.

Del otro lado de la medianera, Manuel esperó el momento oportuno y escapó. Corrió hasta donde estaba “El tucumanito”. Aguardó allí, tal como habían acordado. Pasó un móvil policial, imaginó que lo buscaban y se ocultó en la casa abandonada que hace de aguantadero, justo frente al nosocomio. Mientras tanto, Lisandro, preocupado por el encuentro, se enfrentó a los insultos de su padre, a las burlas de su hermano y al llanto de su madre. Les gritó que Manuel y él se amaban, que no importaba cómo funcionaban, se amaban y era suficiente. Agarró cuatro pilchas y atravesó decidido la puerta.

Pero, cuando llegó al hospital, “El tucumanito” ya no estaba. Había salido antes de lo previsto. Tampoco encontró a Manuel. ¿Y si era cierto lo de la denuncia? Se reirían de él. Le dirían que le gustaban los varones, que había elegido a una “torta” como novia. Lleno de ira, regresó a su casa y se encerró en su cuarto. Esta vez puso llave. Implacables, los golpes del padre cayeron sobre la puerta hasta hacerla añicos. Cuando logró derribarla, encontró el cuerpo de su hijo en el piso y la viga del techo partida en dos. El ruido del dolor despertó a las cotorras que levantaron vuelo gritando la novedad. Manuel abrió los ojos con los primeros rayos del día. Lisandro estaría preocupado, pensó. Cuando salió, el colectivo ya no estaba. Fue entonces cuando vio a la ambulancia estacionarse en la puerta del hospital. Vio a los camilleros bajar un cuerpo muerto. Vio a la madre de Lisandro en un ataque de llanto, abrazada a ese bulto oscuro. El horror se estrelló contra sus ojos y lanzó la pregunta al aire tragándose el alarido.

-Se suicidó el pibe Jerez, che, el menor. ¡Pobre madre!!- le contestaron. En un trágico arrebato, Manuel cruzó enceguecido la ruta y no vio el camión que pasaba a toda velocidad.

Los enterraron juntos. Sus nichos comparten una pared de por medio. Dicen que dejaron entre los ladrillos una pequeña grieta. Dicen. Cosas de pueblo.

«Cosas de pueblo»

Valeria Vanina Flores

Neuquén, Argentina

PRIMER PREMIO

Ganadora de Categoría - Relato de Ficción

III Concurso Escritura Creativa UPE - 2024

“El Derecho a la identidad”



UNIVERSIDAD
PROVINCIAL
DE EZEIZA



Universidad
Pública
Argentina